

Cuando los cerdos silben

Introducción

Tras las elecciones en los EEUU y la reelección de Bush, se extiende como un reguero de pólvora el desánimo en los círculos de la llamada izquierda progresista que siguen creyendo que la situación del mundo depende de la victoria en las urnas de los buenos o de los malos gestores de una sociedad con irresolubles síntomas de quiebra, de los demócratas o de los republicanos, o de los conservadores o de los progresistas.



Su desesperación es, a todas luces, catastrofista cuando observan cómo los cimientos del viejo mundo se resquebrajan muy a pesar de su tozudez en seguir pensando que de una u otra manera, existen soluciones que podrían apuntalarlo para evitar su derrumbe. Su diagnóstico es bastante pesimista. Se asustan al comprobar que el viejo mundo se resiste con extrema violencia, como no puede ser de otra manera, a cambiar su rumbo tempestuoso por otro más placentero (de paz y democracia) y no son capaces de ver como otro mundo distinto nace cada día irresistiblemente de las entrañas del viejo. La izquierda progresista está cada día más sorprendida y contrariada por este nuevo mundo que nace a sus espaldas y claramente en su contra. Ella solo clama para poder gestionar mejor el viejo mundo que muere. Creen religiosamente que éste puede ser gestionado sin depredación ni violencia, sin el continuado estado de guerra con el que parece desembocar. Esta concepción que es el fundamento de su discurso termina abandonada, como tampoco puede ser de otra manera, cuando el poder los recluta como nuevos gestores (los nuevos "forasteros" como dice J. Petras) para enriquecer a la clase dominante, expandir el Imperio y extender su poderío militar. El poder rebosa tolerancia respecto a cualquier tipo de ideología de estos nuevos forasteros siempre y cuando le sirva para sus objetivos estratégicos. Progresistas recambian a conservadores, socialistas a nacionalistas, dictadores a populistas, o comunistas a liberales.

Pero, el nuevo mundo que nace, necesita cambiar radicalmente las reglas con las que se construyó el viejo: ya no puede creer por más tiempo que los cerdos algún día silbarán...

La izquierda progresista sigue repitiendo que los cerdos pueden llegar a silbar hasta tal punto que algunos, los más ingenuos, creen que los segundos mandatos pueden ser algo rectificadores de los primeros, como en el caso de Bush. Una simple ojeada a toda una serie de hechos que se han ido sucediendo en el mundo tras las elecciones norteamericanas bastaría para

comprobar que no habrá la más pequeña rectificación en las políticas de los EEUU.

Es bastante incomprensible como esta intelectualidad de izquierdas no alcance a comprender que la actual política imperialista de los EEUU no es más que un suma y sigue de las políticas anteriores tanto de gobiernos de demócratas como republicanos, así como la política imperialista de la burguesía francesa, por ejemplo, que se resiste con extrema violencia a perder sus dominios coloniales, es también un suma y sigue de gobiernos tanto de la derecha política como de la izquierda. Deberíamos recordarles que la guerra de Irak tuvo como punto de partida la Doctrina de Jimmy Carter (el actual paladín supervisor de los procesos democráticos) en la que ya en 1980 definía las reservas petrolíferas del Golfo Pérsico como de vital interés para los EEUU que debían ser defendidas por cualquier medio, incluso por la fuerza militar. Recordarles que ésta fue la doctrina invocada por Ronald Reagan para justificar la intervención estadounidense en la guerra de Irak-Irán, la invocada por Bush padre para declarar la guerra del Golfo y también por Clinton para incrementar la presencia militar en la zona y para declarar un brutal sistema de bloqueo y de sanciones contra Irak. Los informes de Dick Cheney en el 2001 (entonces presidente de la National Energy Policy Development Group) al gobierno de Bush para diseñar la política energética de los EEUU no hizo más que reafirmar la necesidad de defender hasta sus últimas consecuencias la doctrina Carter bajo el liderazgo de las empresas energéticas directamente implicadas en la guerra por procurarse el petróleo del mundo. Dick Cheney en otoño de 1999, en el London Institute of Petroleum, ya se expresó con claridad: (...) *"Mientras muchas regiones del mundo ofrecen grandes oportunidades para los negocios petrolíferos, Oriente Medio es el lugar donde todavía se encuentra el premio mas grande con los dos tercios del petróleo mundial y de mas bajo coste, pero aunque las compañías están ansiosas por tener un mayor acceso, los progresos que se hacen continúan siendo escasos"*.

En realidad ni tan solo los cerebros que colaboran en el diseño de las estrategias políticas del equipo de Bush, los llamados neocons, como por ejemplo Grover Norquist, dejan de ser el producto de una situación que escapa de sus propias voluntades. Sus proyectos de salvación del mundo (de salvación de los intereses representados en la famosa calle K de Washington), su enfrentamiento con sus competidores europeos, su ardor militarista y guerrero que ralla en el fanatismo religioso, sus propuestas de hacer retroceder el Estado del bienestar hacia un sistema privado en pensiones y sanidad, su propuesta de reforma fiscal más favorable aún a los sectores acumuladores de grandes propiedades, su resolución en la cooptación del sistema judicial y legislativo etc. expresan solamente una tendencia inevitable de preservación del sistema que va mucho mas allá de sus propios personales delirios enfermizos.

Es el sistema quien crea a sus verdugos, no lo contrario. Sus opositores y detractores (también los europeos) estarán obligados a andar necesariamente por el mismo camino depredador y militarista. Los hechos así lo demuestran y lo demostraran más y más cuando el capitalismo vaya

cerrando las puertas a cualquier posibilidad de supervivencia como sistema social. No existe ni puede existir paz ni democracia en el periodo de agotamiento de un sistema social. Su carácter depredador y destructor se agudiza hasta el punto de ser insoportable para la mayoría de la sociedad.

Una primera observación de los procesos históricos pasados, nos llevaría a constatar, que nunca en un sistema social en su periodo de agotamiento, dejaron de producirse extremados actos de violencia y de represión en donde la fuerza del poder pasó a ser el único instrumento realmente coesionador de la sociedad. Devinieron



en puros sistemas de dominio por la fuerza. El bandidaje (como única forma de desarrollo económico), la lucha a muerte entre los sectores depredadores (como única forma de concentración del poder) y las formas dictatoriales o imperiales fueron el común denominador que relegaron en un segundo término otros instrumentos de dominación, integración y desarrollo económico generalizable hasta entonces dominantes. Aunque en ningún momento la fuerza como instrumento de apropiación ha dejado de ser la base de la expansión y consolidación de cualquier sistema social, en sus periodos de declive ésta pasa a ser el elemento predominante. Tales periodos fueron a su vez anticipativos de la necesidad de profundos cambios sociales. Una simple observación de la Historia humana nos permitiría comprender como la fuerza de la sociedad, como organismo vivo en constante evolución y lucha por la vida tiende a desbordar constantemente las condiciones de anquilosamiento y de depredación que alcanzan a asfixiarla. Su potencial creador le hace insoportable cualquier estructura de poder que la atenace hasta el punto de no poder hacer realidad lo que en la práctica ya le es posible alcanzar. Es inconcebible pues, obviar que la entrada en un proceso de profunda crisis social en donde el poder no puede enmascarar por mas tiempo su profundo carácter dictatorial en sus formas guerreras mas violentas y criminales, pueda separarse del nacimiento de nuevas fuerzas sociales opositoras que no están dispuestas a aceptar su sometimiento y sea anticipativo a su vez de la posibilidad de nuevos profundos cambios.

La capacidad de subversión del orden social (y no su imposible reforma) de la nueva sociedad frente a la inmensa capacidad represiva que obligatoriamente está necesitada de poner en marcha la vieja sociedad (el carácter depredador y militarista de la vieja sociedad es el signo mas fehaciente de su agotamiento) son los aspectos de la batalla por dirimir. Cuando el resultado de esta confrontación nos ha sido desfavorable, abre un periodo de gran sometimiento para la Humanidad y de anquilosamiento social.

La resistencia al sometimiento del nuevo mundo que nace y su fuerza para visionar y construir bajo otras bases un nuevo orden social, será el único parámetro indicativo del resultado de la confrontación. A esto, nuestros progenitores le llamaron Revolución Social. A la izquierda progresista se le olvidó.

El bandidaje

En todo el periodo depredador de nuestra Historia, solo en base a la fuerza (la fuerza militar) se edificaron los Imperios. El Imperio es el resultado de un proceso inevitable de concentración de recursos, medios e instrumentos de producción social necesarios para el desarrollo de cualquier sociedad humana.

Este proceso de concentración se ha dado en todos los periodos históricos fuera cual fuera el modo de producción imperante. Su posesión, utilización y apropiación para el beneficio propio de los sectores en el poder ha sido el común denominador de todas las sociedades humanas de explotación que desbarataron las ideas de su posesión, utilización y apropiación en favor de la vida y del bienestar de la generalidad de los miembros de la sociedad. En cierto modo, podríamos definir como solamente Imperios depredadores, los que hasta ahora hemos conocido en contraposición de otra idea que parecía hasta ahora inalcanzable pero que ha sido una constante en filósofos y librepensadores: el Imperio de la Humanidad. Las sociedades depredadoras solo pueden crear Imperios depredadores en donde la concentración de recursos, medios e instrumentos de producción están destinados al pillaje y enriquecimiento de los sectores en el poder. La acumulación y la concentración de la propiedad (de las diferentes formas de propiedad) ha sido siempre la condición intrínseca de supervivencia de los sectores depredadores. Es su devenir inevitable.

Sobre el bandidaje se crearon, se consolidaron y se desarrollaron los Imperios. Del resultado de la lucha entre distintos Imperios se crearon nuevos y mayores Imperios. Cuando estos fueron distantes y militarmente equiparables se repartieron sus zonas de influencia y coexistieron. Cuando por su propia necesidad de crecimiento o supervivencia y por el desarrollo de la comunicaciones y el transporte les acercaron, entraron en disputa por los recursos (dos Imperios no pueden coexistir) y el resultado de la confrontación dio paso al surgimiento de una nueva sociedad mas robustecida depredadora y



a otra sociedad más débil depredada. En muchas ocasiones la lucha desplazó significativamente los centros de poder sin que por ello se cambiara en nada el sistema de explotación social imperante sino solamente el nuevo abanderamiento en el liderazgo del pillaje. Así ocurrió con el Imperio español, el holandés, el británico o el surgido tras las confrontaciones de la primera y segunda guerra mundial. El Imperio que en la actualidad lidera los EEUU está pertrechado de la primera condición necesaria para poderse desarrollar: una fuerza militar ostensiblemente superior a cualquiera otra en el Planeta. De una segunda condición: su firme determinación, a costa de la que fuere, para litigar por este liderazgo. Y de una tercera condición: la imperiosa necesidad para así hacerlo (no existe otra vía de supervivencia). El Tercer Reich se encontró también determinado por estas tres condiciones.

Los centros de poder son fundamentalmente político-militares. No son necesariamente productores de riqueza sino sus receptores por desposesión y pillaje de sus conquistados: Todos los caminos deben dirigirse a Roma. En los años 50 los EEUU realizaban el 60% de la producción mundial. Hoy solo alcanzan un 25%. Las economías del sureste asiático generan ya casi el 70% del crecimiento mundial, aglutinan el 40% de la población, representan el 60% de la riqueza y más del 50% de los intercambios en el comercio del Planeta. El enorme déficit de la economía norteamericana no debería ni mucho menos ser causa de extrañeza. Comparativamente, las finanzas del Imperio Romano llegaron a ser mucho más deficitarias.

La apropiación de los recursos va siempre mucho más allá de la simple rapiña para cubrir las necesidades de supervivencia y de enriquecimiento de los centros del Imperio. La destrucción y aniquilación física de las infraestructuras productivas del territorio conquistado como la manera mas eficaz de asegurar su sometimiento (especialmente en cuanto a imposibilitar cualquier forma de recuperación de su fuerza militar), se convierte en el propósito fundamental. El monopolio de la fuerza de destrucción es la primera condición para la supervivencia de cualquier Imperio. El desarme del mundo es su primer objetivo.

Ningún antiguo Imperio relegado como centro de poder o disgregado deja de participar de nuevo en la lucha imperialista si sigue manteniendo una gran fuerza militar disuasiva, a la vez que ningún nuevo centro puede desarrollarse si no está en condiciones de practicar una política militarista agresiva principalmente con sus competidores más cercanos.

Quien quiera entender que entienda. Y quien quiera poner aquí ideología, que la ponga.

El bandidaje hoy

Han pasado muchos años desde que diversos estudiosos y analistas escribieron sobre la evolución del sistema capitalista y su imparable tendencia hacia el imperialismo en su fase superior de desarrollo. Los hechos han demostrado sobradamente la corrección de sus análisis.

Tras la Segunda Guerra Mundial y como resultado de ésta emergieron claramente dos centros de poder imperialistas que dispusieron de una enorme capacidad de pillaje (acumulación y concentración por desposesión), para repartirse los recursos del mundo relegando a anteriores centros de poder, fundamentalmente europeos, fuera de la disputa. Si la dirección política de estos dos centros de poder y su enmascaramiento ideológico fue sensiblemente diferente, su práctica desarrollista como sistema social y su práctica militarista agresiva para procurarse con los recursos necesarios, las zonas de influencia, los lugares estratégicos en el comercio o las comunicaciones, las fuentes energéticas, etc. fue idéntica. Coexistieron, hasta que la carrera armamentística enormemente destructora en la que se vieron implicados para conservar y expandir sus respectivos imperios, se decantó claramente hacia el bando estadounidense. La incapacidad del régimen dictatorial bajo la forma de un Capitalismo de Estado para avanzar por un estadio superior del capitalismo basado más en la creación, el desarrollo y la aplicación de nuevas fuerzas productivas que en la enajenación del trabajo asalariado propio de la primeras etapas de acumulación capitalista, les apeó de la contienda. Tanto más por su pérdida de liderazgo en la carrera armamentista que por el derrumbe económico que le acompañó. (Es muy significativo como los intentos actuales de recuperación imperial de la URSS, de recobrar los territorios que le fueron disgregados y de romper el cerco estratégico a que está siendo sometida, venga determinado por un nuevo rearme militar tecnológicamente muy avanzado y por su firme decisión en llevar a cabo expediciones llamadas "preventivas y antiterroristas" a modo muy parecido a las de Bush).

Sin embargo, el propio desarrollo del capitalismo ha cambiado sensiblemente el estadio en el que tiene lugar esta fase imperialista. Si en el siglo pasado podríamos constatar que la tendencia a las formas imperiales de la burguesía partían del marco territorial propio heredado del anterior sistema feudal, es decir podía seguir enarbolando la bandera de nación contra nación, o de grupo de naciones contra grupo de naciones y que por lo tanto podía constituir imperios que podían enmascarándose como nacionales o de coalición de naciones (del mismo modo, que lo habían hecho los reyes o los señores feudales) el propio desarrollo de la burguesía ha desbaratado por completo este antiguo y ficticio marco de la disputa hasta el punto de mostrarlo en todo su realismo y crudeza: se trata simplemente de la apropiación privada del mundo para el propio beneficio y enriquecimiento de los sectores sociales en el poder que ya han alcanzado un carácter transnacional. Es el Imperio de los sectores de la burguesía triunfantes en este proceso de acumulación y concentración capitalista. Imperio sin patria ni bandera.

El proceso de construcción de un instrumento transnacional (de naturaleza coercitiva y depredadora) que sea la fuerza ejecutora de estos nuevos centros de poder sin territorio delimitado es muy complejo por cuanto existen numerosos intereses en disputa. Intereses a menudo contrarios pero también entrelazados. Se acentúan enormemente unas contradicciones que ya tuvieron lugar en los albores de la Segunda Guerra Mundial cuando, por ejemplo, grandes empresas estadounidenses invirtieron en la Alemania nazi u

otras alemanas lo hicieron en la Rusia estalinista. Esta dualidad de opciones de la burguesía no fue suficiente para detener el estallido de la confrontación mundial. Ahora cuando ha emergido el liderazgo de una burguesía financiera mundial arropada por la nación más poderosa, militar y tecnológicamente, del mundo que tiende sus tentáculos mas allá de los antiguos o nuevos nuevos centros de poder económico y militar, la situación alcanza también una gran complejidad. Sea cual fuere el camino de este proceso de total saqueo y privatización del mundo (indistintamente bajo liderazgo único o compartido) está claro que será un camino de brutal enfrentamiento y guerra entre fuerzas depredadoras y a su vez paradójicamente de una gran unidad de objetivos entre ellas mismas: este nuevo estadio de crisis ha de volver a resolverse con la guerra y de ninguna manera con la Revolución Social. Es de nuevo la emergencia de una gran alianza en contra los intereses de la Humanidad.

Será una guerra entre depredadores porque la capacidad de desarrollo de las fuerzas productivas que ha alcanzado la sociedad es enorme y los mercados van a ser incapaces de absorberla (crisis de sobreproducción) y porque los recursos son limitados. El sistema capitalista en su fase imperialista solo puede resolver este problema nuevamente con la guerra de pillaje y destructiva que volverá a dirimir que nueva fracción depredadora será la que acumulará y concentrará en sus manos el poder sobre el Planeta. Si fuera así, conllevaría una gran aniquilación y derrota para la Humanidad.

Cuando la bandera de la Revolución Social parece escondida en el desván, es preciso recordar que estas situaciones de crisis solo pueden resolverse con la negativa de la sociedad trabajadora a participar en las guerras imperialistas avanzando en la subversión del orden social imperante. La construcción de una nueva sociedad no pasa por la lucha por la privatización del mundo sino por su socialización. Solo la Humanidad en su conjunto puede liderarla.

Cuando la bandera de la Revolución Social es escondida por la propias fuerzas que siguen enarbolando las ideas de paz, progreso y libertad hace falta recordar que fueron estas propias fuerzas que desde hace mucho tiempo traicionaron el único camino hacia la paz, el progreso y la libertad. Recordar que Karl



Liebknecht denunció mucho antes de estallar la Gran Guerra (y por ello fue expulsado de las filas de la socialdemocracia alemana) en sus escritos de 1907 "Militarismus und antimilitarismus" que la futura confrontación era consecuencia del camino imperialista de Alemania, Inglaterra, Rusia y Francia. Mientras, la socialdemocracia alemana aprobaba grandes créditos para la guerra; el

socialista belga Vandervelde apoyaba la movilización militar; la potente SFIO y otras organizaciones obreras francesas llamaban al patriotismo; los laboristas británicos aumentaron considerablemente los presupuestos del Ministerio de Armamento... La Historia vuelve a repetirse y nos encontramos frente a un nuevo proceso de militarización del mundo que auspicia nuevos conflictos y enfrentamientos que solamente un cambio en el sistema social podrán realmente evitar. Quienes no preconicen este cambio revolucionario terminarán en total complicidad con la única salida que se nos propone y que están plenamente decididos a llevarla a cabo.

No seamos incautos: los cerdos no silbarán.

Josep noviembre 2004